

Exterior noche*

En el primer capítulo de este breve volumen de ensayos en torno al cine, Juan Cueto advierte que no se adherirá a ninguna de las normativas del género histórico, técnico o estético-académico; o sea, no se dedica a historiar el cine, ni a criticar sus imágenes de acuerdo a las normas antiguas o modernas (por cierto, desconfía del estructuralismo y la lingüística de Lévi-Strauss y compañía) para reivindicar el capricho, el capricho de cinéfilo veterano. Por eso advierte de los peligros de internarse en la teoría fílmica según Metz y otros semióticos, declarando que tales autores han tratado precisamente de eliminar del cine el capricho, el misterio y la ilusión para ceñirse a rígidas y previsibles reglas lingüísticas aplicadas a la imagen.

En estos breves ensayos, que tanto pueden tratar de los efectos especiales de las películas galácticas de Lucas y Spielberg, de King Kong o Marilyn Monroe, de la forma de caminar de Gary Cooper o los tics de Woody Allen, pasando por unas reflexiones sobre los rostros de varias actrices actuales (Isabelle Adjani, Diane Keaton, Meryl Streep, etcétera), hay dos características principales: un indudable amor por el cine, cultivado desde la infancia, como él mismo relata; un estilo libre y sin limitaciones para divagar gustosamente por el mundo fantástico, sórdido y maravilloso de las imágenes en movimiento. De allí el título, símbolo de artificio e ilusión, puesto que es el nombre del efecto técnico para obtener esa sensación nocturna filmando de día.

Cinéfilo empedernido, ensayista y periodista (es el director de *Los cuadernos del norte*), Cueto ha probado recientemente otra faceta de acercamiento al cine: la de actor, en el film *Truhanes* de Miguel Hermoso. No es raro, por lo tanto, que muchos de sus escritos estén influidos por esa impenitente pasión. Si algo puede objetarse a esta colección de reflexiones cinéfilas, es su carácter algo ligero y circunstancial, como artículo diario brillante y pasajero (de hecho algunas de estas notas han sido publicadas periódicamente), que para algunos puede parecerse un poco a la frivolidad. Pero entre tantos escritos sesudos y vacíos, esas piruetas ingeniosas y a veces de una brillante sagacidad, resultan por lo menos saludables.

José Agustín Mahieu

* Juan Cueto: Exterior noche. Ediciones Noega, Gijón, 1983. 208 págs.

Ecuador. Diario de viaje*

Cuando Henri Michaux publicó este libro de viajes, este «Diario» nada convencional de un viajero bisoño y poco dado a esas aventuras geográficas, el turismo no era, como ahora, una actividad masiva. Los periplos estaban reservados a aventureros con hambre de horizontes o misterios, o a las clases adineradas, que no deseaban novedades, sino establecer sus cotos cerrados de placer en definidos paraísos naturales. En 1928, cuando emprende el viaje a Ecuador y su propio diario, Michaux era prácticamente un desconocido. Apenas había publicado su primer libro de versos (1927) y tenía veintiocho años.

Ecuador comienza descreyendo de esa tradicional convicción de la Ilustración dieciochesca del viaje como factor favorable a la formación y a la educación: «Se encuentra igual la propia verdad mirando durante cuarenta y ocho horas cualquier tapiz». De todos modos, ese viaje lo incita, precisamente, a explorar menos el exterior que el interior: tanto el suyo propio como el de los mundos que recorre. Por lo tanto, *Ecuador* es ante todo un diario íntimo, donde se esbozan ya los temas que van a poblar su obra poética posterior: la sed de infinito, la irrisión de la vida, el hombre como «animal roto» despojado e inerme ante los acontecimientos.

Hechos absurdos o divertidos, gentes y paisajes, transitan en sus páginas con humor breve y sarcástico, cuando se aplica a la crónica. Pero sobre todo cada etapa es una piedra de toque para reflexiones sobre la vida, el arte o las civilizaciones, con lo cual surge, entre otras cosas, la conciencia de esa variedad de mundos (interiores y exteriores) que el centralismo cultural europeo niega o transforma en mero exotismo. Michaux viaja por dentro pero se abre a las experiencias ajenas, siempre desde un yo vulnerable, irónico y poético personalísimo. Por eso el Diario está jalonado por poemas que a veces surgen de impresiones fugaces y hondas. Al mismo tiempo, las anotaciones no escapan a una realidad desgarrada: en Ontavalo y San Pedro, fecha el 7 de julio esta breve nota: «Los indios, no más aquí que en otra parte, a pesar de sus danzas, sus borracheras, los tonos vivos de sus trajes, no ofrecen ni en sus caras ni en sus gestos, traza alguna de alegría. El marqués de Wavrin, conocedor de América, me dijo en alguna ocasión: *Sólo saben reír los indios que no han conocido la opresión del blanco.*»

Ecuador es un libro fascinante y de valor propio, pero a la vez anuncia a un gran poeta, uno de los más profundos y originales de nuestra época. También parece —sin saberlo— el ensayo general de otro libro suyo, más amplio y ambicioso, que llevará su peculiar concepto de diario íntimo de viajes a su perfecta y poética consumación: *Un bárbaro en Asia* (1933).

J.A.M.

* Henry Michaux: Ecuador. Diario de viaje. Traducción: Cristóbal Sierra. Tusquets Editores, Barcelona 1983, 143 págs.

Cinco cuentos suburbanos*

Oldsmobile 1962 es el primer libro de narrativa de Ana Basualdo, periodista argentina que vive en España hace algo más de diez años. La autora califica los cinco relatos que forman el presente volumen que comentamos de «cuentos quizás excesivamente suburbanos». A mí en general me han gustado, y más por lo que en ellos se dice, por cómo lo dice, es decir, que me parece que tiene más atractivo el continente que el contenido.

En la manera de decir las cosas, Basualdo es ingeniosa y muy expresiva. Al comenzar el cuento titulado *El diario*, describe así a sus personajes: «Mi padre se parecía tanto a mí que algunas noches confundíamos nuestras sombras. Mi madre mostraba síntomas de creer que, entre aquellos gemelos de diferente altura, estaba de más. El gemelo más pequeño tenía entonces siete años». También al describir los lugares tiene una fuerza muy personal: «La cocina era la única habitación de la casa realmente ocupada. El interior iluminado me pareció lejano y cálido, como la ventanilla de un tren vista en pleno campo mientras se oye cantar a los grillos, los viajeros no pueden oírlos y el espectador solitario, inmóvil junto a los rieles, queda prendado de la escena mundana y seguramente intensa que sus ojos sorprendieron durante cinco segundos».

En sus descripciones nunca faltan la poética y un cierto tono irónico: «Mamá, dijo mi padre (y yo miré su sombra en la pared, el contorno de su figura entre dos pirámides de sombra; su pelo no tenía el color de las primeras mandarinas del invierno, sino de esas naranjas que, en lugar de pudrirse, se oscurecen y secan hasta rodar por la casa como pelotas de madera hueca; su mano de gorila rubio que levantaba el pocillo hasta el surtidor de la cafetera)».

Con desenvoltura y precisión, la autora se explaya en contar, paso a paso, con todo lujo de detalles, lo que ve en su entorno más próximo: «La abuela se movía como un abejorro blanco entre las hortensias del jardín. Recortaba guías de madreSelva, ponía las ramas vivas en un cesto de mimbre y el pasto en una carretilla de madera. Al vernos, apoyó la tijera de podar en la pequeña parva que llenaba la carretilla, sorteó los canteros con saltos de gorrión y llegó hasta poco más arriba de la cintura de mis padres, que la esperaban con buenas sonrisas y todo el sol de diciembre sobre sus ropas livianas».

Ese describir minucioso alcanza su techo en *Oldsmobile 1962*, al hablar de Silvia: «El olor del querosén entra por la ventana como un manotazo. Silvia la entorna un poco más. El espejo se vuelve profundo y azulado, con una franja verde y tenue que parece

* Basualdo, Ana: *Oldsmobile 1962*, Cuadernos ínfimos 128, Tusquets Editores.